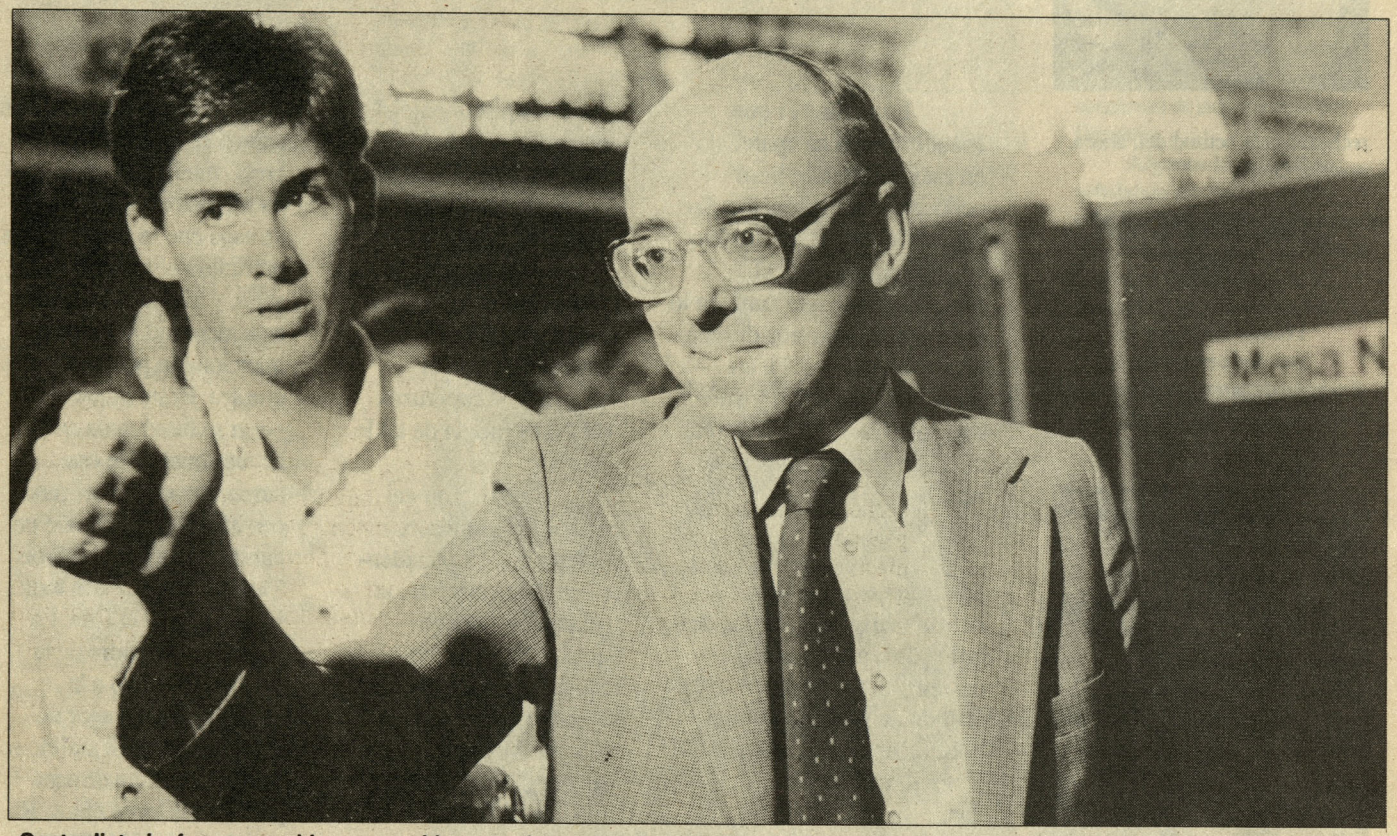
634-1

ASESINATO DE JAIME GUZMAN

UNA HERIDA A LA TRANSICION

Un nuevo crimen político remeció la vida nacional, afectando esta vez a quien era considerado el más importante líder de la Derecha chilena.



Contradictorio, fue reconocido por seguidores y adversarios como político brillante.

La aparente calma del martes pasado se rompió abruptamente cerca de las 19:00 horas y, a partir de ese momento, los despachos noticiosos se sucedieron sin parar, como si el caudal informativo pudiera detener el final que llegó, inevitable, tres horas más tarde. El senador Jaime Guzmán Errázuriz, fundador de la Unión Demócrata Independiente (UDI), profesor de Derecho Constitucional, polemista brillante y encarnizado enemigo de la izquierda, había sufrido un atentado a la salida del Campus Oriente de la Universidad Católica, lugar donde minutos antes dictaba una clase.

El estupor invadió los hogares, no cabe duda, más allá de la antipatía o admiración que se pudiera sentir por el político derechista. Demasiados años de sobresaltos, dudas e incertidumbre han vivido los chilenos y, sin embargo, no terminan de acondicionarse a la violencia irracional, a la lógica del ojo por ojo, al aniquilamiento bárbaro del cuerpo humano como supuesto método eficaz de eliminar las ideas adversas. Ni costumbre ni aceptación, por fortuna, y las llamadas mayorías silenciosas suelen ser más ecuánimes, más justas y menos rimbombantes para rechazar el crimen de un ser humano que muchos medios de comunicación y hombres públicos. No hay doble estándar, al menos.

A la gente común le espanta de igual modo el degollamiento de tres hombres que nunca habían empuñado un arma, como el de un pensador distinguido que seguramente tampoco tenía idea de cómo usarlas. El rechazo visceral al crimen de Guzmán fue casi unánime, por el dolor acumulado, porque la muerte ya se hace casi insoportable para la inmensa mayoría de los chilenos -especialmente en aquellos que la han sufrido de cerca- y porque es necesario inaugurar un tiempo nuevo. Y no parece indispensable caer en la tentación de frases como «político irreemplazable», «demócrata ejemplar», «santo de estos tiempos», «mártir de la democracia», que algunos personajes públicos usaron para referirse al político victimado, frases comprensibles en sus amigos y partidarios pero casi chocantes en titulares de prensa o entre antiguos adversarios.

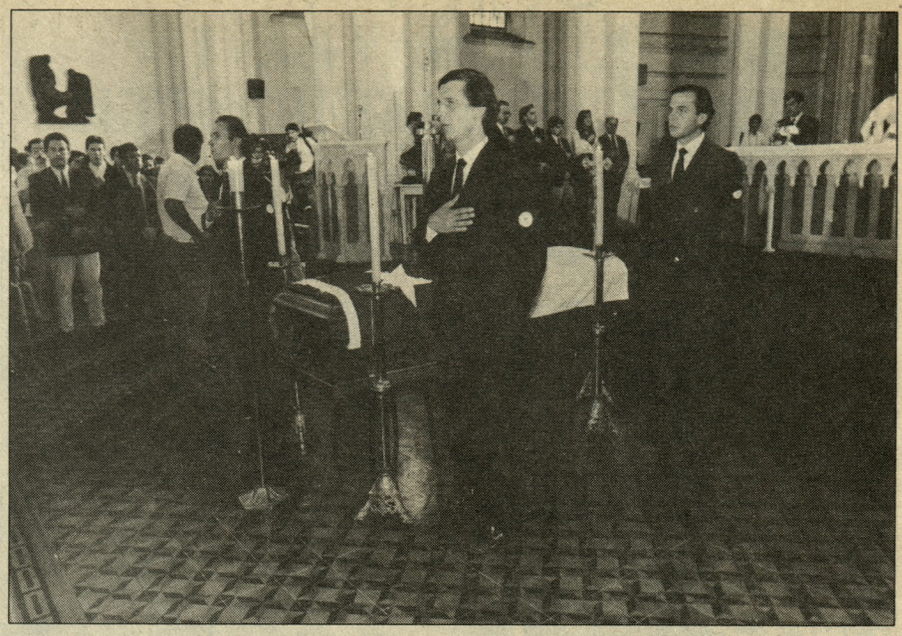
Es claro que se trató de un crimen absurdo e inaceptable y que, más allá de las diferencias evidentes que se pudieran tener en el plano político, su muerte por mano

684-2

homicida no pasó por la mente de ninguno de sus adversarios. Jaime Guzmán no sólo era un político de dilatada trayectoria pública y de indiscutible capacidad intelectual, era también senador de la República y, por tanto, símbolo de un sistema que busca afanosamente asentarse en el país, a pesar de sus equívocos y tropiezos. Por lo mismo es que, seguramente, habría fruncido el ceño si hubiera escuchado los gritos y consignas que gritaban algunos de sus partidarios en las afueras del Hospital Militar o a la salida de la iglesia de la Gratitud Nacional. De la violencia verbal de aquellos que pedían «la cabeza de Lagos», a los «desgraciados de la Vicaría» o solicitaban «otro Golpe», se pasó a lanzar huevos, monedas y botellas. En esta ocasión, Carabineros fue comprensivo con el dolor de los manifestantes y no hubo detenidos, aunque entre los más afectados estuvo el Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea, el presidente del Senado y la diputada Eliana Caraball.

Seguramente Jaime Guzmán no imaginó su final cuando, a fines de la década del 58, adhirió al alessandrismo de manera definitiva. Con el paso de los años la identificación con la personalidad y el pensamiento del ex presidente Jorge Alessandri se acentuó, al punto que, entre bromas, algunos contendores políticos comentaban que ya se vestía con abrigo y bufanda, como el ex mandatario. Su capacidad intelectual y sus cualidades oratorias se hicieron manifiestas como estudiante de los Padres Franceses y como alumno de Derecho de la Universidad Católica. En esa casa de estudios fue profesor ayudante de Derecho Procesal y después titular de la cátedra de Derecho Constitucional. Ahí también dio vida a lo que sería el Movimiento Gremialista, a raíz de la toma de la Casa Central de la Católica en agosto de 1967 que dio paso, posteriormente, a la Reforma Universitaria. Le horrorizaba lo que el consideraba «la politización del estudiantado», especialmente porque en ello veía crecer las posturas marxistas y los contenidos de la Reforma le parecían la «anarquía total», como el mismo lo confesara.

Ferviente católico, de misa y comunión diaria, no trepidó, sin embargo, en enfrentarse a obispos e incluso al propio Cardenal Silva Henríquez si se trataba de defender su ideas políticas, o la actuación del gobierno militar. Acusó a un sector de la Iglesia de entrometerse en la contingencia y en muchos casos usó términos duros para referirse a los prelados. A raíz de la aplicación del Artículo Octavo de la Constitución del 80 -Carta de la que Guzmán fue uno de los principales autores y donde quedó plasmado su concepto de democracia- el obispo Hourton escribió algunas críticas que merecieron un respuesta indignada de Jaime Guzmán. «Hay que reconocer que él es mucho más hábil y sutil que otros eclesiásticos para plantear las posiciones izquierdistas que sustenta. Pero eso mismo exige desplegar un esfuerzo más activo para evitar que el obispo Hourton arrastre a equívocos a quienes lo escuchan» -decía en 1987.



La muerte del senador fue un duro golpe para el proceso democrático.

Enemigo acérrimo del gobierno de la Unidad Popular, hizo una oposición sin tregua ni medida. Para él se trataba de salvar al país del totalitarismo marxista. Por lo mismo adhirió sin reservas al Golpe del 11 de septiembre de 1973, se convirtió en uno de los principales asesores del gobierno militar y ayudó a redactar la famosa Declaración de Principios de la Junta de Gobierno. Hasta hoy muchos lo consideran el verdadero cerebro del régimen militar. De hecho, su compromiso e influencia con el general Pinochet lo llevarían a torcerle la mano al propio líder de la DINA Manuel Contreras, con el que tuvo una sorda batalla que culminó con la salida de Contreras en 1977.

El 9 de noviembre de 1989, el general (r) Manuel Contreras interpuso una querella en contra de Jaime Guzmán por presuntas injurias graves, a raíz de expresiones vertidas por el entonces candidato a senador en el programa de televisión «Decisión 89», del 30 de octubre de ese año, donde expresó que tenía una opinión «moralmente negativa» de Contreras. En la entrevista del 25 de marzo pasado en Canal 13, Contreras se refirió con tono de voz despectivo al senador diciendo: «el señor Guzmán debe haber creído que había que meter en un corral a todos los oficiales del ejército, cosa que no le resultó, ni conmigo ni con nadie».

En su enemistad con Contreras queda de manifiesto lo contradictorio de este hombre que se declaraba profundamente cristiano, que hacía gestiones privadas en materia de defensa de los derechos humanos y se declaraba enemigo del uso de la violencia y la tortura, pero sin embargo adhería a un gobierno acusado de atentar en contra de esos principios. Nunca denunció públicamente los atropellos de los que tuvo conocimiento, ni acusó al régimen del general Pinochet de tener responsabilidad en ellos, aunque en una charla en el pensionado universitario Cardenal Caro reconoció: «Nosotros, cuando nos enterábamos que habría un fusilamiento o una desaparición, la tratábamos de evitar y en muchos casos lo lográbamos», para agregar que «tampoco podíamos decir que no sabíamos lo que estaba ocurriendo en nuestra Patria».

Fue un incondicional del modelo económico de libre mercado impuesto en el gobierno pasado y nunca pretendió desligarse de Pinochet y su gestión gubernamental. Es más, apoyó su candidatura en el Plebiscito del 88 y no descartó absolutamente la posibilidad de que el general volviera formalmente a la arena política, en un futuro no lejano. Se opuso a la derogación del artículo 8o. y no se consideraba un «beato de la democracia. He sido y soy partidario de un gobierno autoritario para llegar a ella» -decía hace un par de años.

Su última gran batalla política la dio en contra de la modificación constitucional que otorgó facultades al Presidente Aylwin para indultar presos políticos acusados por Ley Antiterrorista. Murió días después producto de una acción de terrorismo que no sólo significó eliminarlo a él, sino herir gravemente a un proceso democrático que da sus primeros pasos, y los principales afectados por el hecho fueron, justamente, los presos políticos que confían en lograr su libertad.

Los que gatillaron seguramente no lo pensaron pero quizás, por esas cosas de la vida, precisamente el dolor justo y sincero de los partidarios, amigos y familiares de Jaime Guzmán les permita comprender en otra dimensión el dolor de esos otros miles de chilenos que vivieron la muerte y el desgarro en años pasados. A estos últimos, tal vez los acerque un poco el ver en ojos ayer enemigos, el dolor que ellos han sufrido en carne propia. Y así, comprendiendo por fin el dolor ajeno, se pueda encontrar la paz. ●

JUANITA ROJAS